

El mito del Minotauro

Los hijos del Rey Minos, uno de los descendientes de Europa y Zeus, fueron, (según cuenta la mitología), Ariadna, Fedra, Glauco, Catreo y Androgeo. Era precisamente este último el favorito del monarca puesto que era un joven atleta capaz de vencer a cualquier rival que se le opusiera. Así pues, de entre los hijos que tuvo junto a Pasifae, Androgeo era su predilecto. Pero la desgracia llegó a la corte del Rey Minos cuando, tras unos importantes juegos en honor a la diosa Atenea, diosa de la sabiduría, Andrógeno, que resultó vencedor, cayó muerto bajo la ira del pueblo de Atenas que no pudo soportar su victoria, (otra versión cuenta que murió bajo la fiereza del Toro de Maratón). Cuando Minos se enteró de esta terrible noticia, la furia y el dolor se apoderaron de él y juró vengarse de todo ateniense que hubiera sobre la faz de la Tierra. Y lo primero que ordenó a su ejército fue partir hacia la ciudad y ponerla bajo su control a cualquier precio. Y así fue...

Posteriormente, y en uso de su nuevo poder, estableció una serie de terribles leyes para Atenas, entre las cuales destacaba por su crueldad la de que anualmente, y por un periodo de nueve años, siete jóvenes varones y siete jóvenes doncellas debían ser enviadas hasta Creta para ser introducidas en el laberinto situado en Knossos del que resultaba imposible salir y en el cual eran ofrecidos para morir devorados por un ser que era mitad humano y mitad toro, temible Minotauro, nacido de la unión entre Pasifae y un toro blanco, (esta vez Zeus también tuvo algo que ver, pero ya no era él transformado en bestia como cuando raptó a Europa). Pero ocurrió que, transcurridos tres años, el joven Teseo, que era hijo del por entonces Rey de Atenas, Egeo, sintió que debía de hacer algo al respecto y que tenía que poner fin a tanta crueldad sobre su pueblo. Entonces se ofreció voluntario para entrar en el laberinto, esperando así darle muerte y liberar a cualquier ateniense que se encontrase aún en su interior. Cuenta la leyenda que incluso el propio Minos intentó convencerlo habida cuenta de que pertenecía a la nobleza, pero tuvo que ceder. Ariadna, hija de Minos, impresionada por el porte y el valor de Teseo, se propuso ayudarlo. Aprovechando un momento en que se encontraban a salvo de ojos y oídos ajenos, la joven puso en la mano del aguerrido príncipe un ovillo de hilo de oro y un puñal y, pidiéndole que llevara ambos objetos ocultos bajo sus ropajes, le rogó que los utilizara y que confiara en ella. Y así lo hizo Teseo. Entró en el laberinto y caminó despacio mientras con cuidado desenrollaba el hilo que le había entregado la bella Ariadna, y que se encontraba sosteniéndolo desde el exterior. Cuando se encontró ante el Minotauro se enfrentó a semejante bestia valerosamente, y, empuñando el arma que llevaba escondida, consiguió darle muerte. Luego no tuvo sino que enrollar de nuevo el hilo y desandar lo que llevaba caminado. Después de liberar a los atenienses que aún quedaban con vida dentro del laberinto, salió de él como vencedor.

Ya sólo le quedaba regresar a Atenas. Y debía hacerlo, ya que había vencido, desplegando las velas blancas de su embarcación, tal y cómo le había pedido Egeo, su padre. En la versión de Hesíodo (padre de la Historia) y en la mayoría de las fuentes, luego de escapar del laberinto, Teseo, sus hombres y la joven Ariadna, tuvieron que desembarcar en la isla de Naxos por culpa de una fuerte tormenta. Al día siguiente, Teseo reunió a sus

hombres y les ordenó a hacerse inmediatamente a la mar, abandonando a Ariadna dormida en Naxos. Al despertar, advirtió que el barco de su amante no era más que un punto desapareciendo en el horizonte azul. Teseo había partido sin ella y Ariadna se sintió utilizada y traicionada, por lo que lo maldijo. Esto hizo que una tormenta azotara las aguas en su camino de regreso a Atenas, donde su padre, el rey Egeo, lo esperaba ansioso.

Antes de su partida, su padre le había dicho: “Los navíos que regresan de Creta llevan velas negras de luto, pues nadie ha podido aún vencer al Minotauro. Pero si tú regresas vencedor, no olvides utilizar velas blancas, para que yo sepa, antes de que llegues a puerto, que estás vivo.” Pero la tormenta destrozó las velas blancas y no tuvieron más opción que elevar las velas negras para poder llegar a tierra. Mientras tanto, apostado en el alto del faro que se alzaba en la bocana del Pireo, el vigía gritó: “¡Barco a la vista! Es la galera real que regresaba de Creta. ¡Rápido, id a avisar al rey!” Esperanzado e inquieto, al anciano rey Egeo llegó corriendo hasta los muelles, pero al ver las velas negras no quiso saber más. Lleno de dolor por la supuesta muerte de su hijo, se arrojó al mar y se ahogó. Desde entonces esas aguas llevan el nombre de Mar Egeo.

Cuando la galera atracó, Teseo recogió el cadáver de su padre en la playa y en seguida comprendió lo que había sucedido, maldiciéndose por haber sido tan descuidado. Final trágico para el héroe.

Por otra parte, el mito dice que la abandonada Ariadna fue redescubierta poco tiempo después por Dionisio (o Dionisos), el dios del vino y los excesos, quien se casó con ella, y sí vivieron felices para siempre (¿amarga ironía o justicia poética?).